

Julio César Jobet

Alejandro Venegas Valdés (Julio Valdés Cange) precursor del movimiento democrático popular



El fallecimiento de los dos grandes críticos y ensayistas, Domingo Melfi y Armando Donoso, ha puesto de relieve la personalidad del distinguido profesor y escritor Alejandro Venegas Valdés, maestro de ambos intelectuales. La figura de este egregio ciudadano es poco conocida, a pesar de su vasta labor docente. Tiempo atrás, en una encuesta que hizo la revista *Ercilla* entre conocidos intelectuales, a propósito de cuáles eran las veinte obras que estimaban fundamentales para la comprensión de nuestro desarrollo social e histórico, casi todos mencionaron «SINCERIDAD» del doctor Julio Valdés Cange. Ahora, cuando diversos escritores se han preocupado de analizar la obra de Melfi y Donoso, han señalado el hecho de haber sido ambos discípulos de Alejandro Venegas y que, en gran parte, su posición ante los diversos fenómenos sociales se la debían a las enseñanzas e inquietudes sembradas en ellos por el maestro mencionado. Aún más, a raíz de estas afirmaciones, se abrió un comienzo de polémica entre don Raúl Silva Castro, crítico injusto y de una incomprensión a toda prueba para apreciar la obra renovadora de los elementos de avanzada ideológica; y don Enrique Molina,

colega y amigo de Alejandro Venegas, y en la que terciaron otros más, poniendo de relieve el mérito extraordinario de los libros del Dr. Julio Valdés Cange.

Los trabajos sistemáticos sobre la vida y trayectoria ideológica del citado escritor son escasos, y no ha despertado la consideración a que es justamente merecedor. Solamente existen dos estudios importantes: uno de Armando Donoso, su discípulo, que sirve de introducción a la obra de Venegas: «POR PROPIAS Y EXTRAÑAS TIERRAS», aparecida en 1922, poco después que falleciera; y el otro, debido a la pluma de don Enrique Molina, con el título de «ALEJANDRO VENEGAS. RECUERDOS Y REFLEXIONES», dado a luz por la editorial Nascimento.

El libro «*Por propias y extrañas tierras*» es una recopilación que abarca una «Página Autobiográfica», un bello escrito «La Procesión de Corpus», y varias conferencias sobre las observaciones que hiciera en sus diversos viajes a los países vecinos. El amplio ensayo de Armando Donoso que lo precede traza una silueta de Alejandro Venegas, quien fuera su profesor de Literatura en el Liceo de Talca y analiza detenidamente su obra de escritor desde un triple punto de vista: social, económico y religioso.

Tanto de la «Página Autobiográfica», redactada por Venegas para optar a un cargo, como del opúsculo de don Enrique Molina, se desprenden datos precisos acerca de la sólida cultura y vasta formación intelectual y científica de dicho educador. Egresado del primer curso del Instituto Pedagógico, se recibió de profesor de francés. Aficionado a los estudios de filología latina, se posesionó a la perfección del castellano, de los dialectos peninsulares (catalán y gallego), del portugués, italiano y rumano. Dominaba la literatura castellana, conocía los clásicos profundamente y era un elegante escritor. Además fué un estudioso de los problemas de la enseñanza. Viajó a Argentina, Bolivia, Perú, Ecuador y Panamá. Recorrió todo Chile desde Tarapacá hasta Llanquihue. Tuvo un conocimiento di-

recto de su tierra y por ello se dió la misión de reflejar en ensayos perdurables sus observaciones y juicios.

Su carrera docente la inició como profesor del Liceo de Valdivia; luego, pasó a Chillán, y en 1905 fué designado Vice Rector del Liceo de Talca, a petición de don Enrique Molina, nombrado Rector. Aquí desempeñó las cátedras de francés y de castellano y tuvo discípulos que han sido de figuración en el campo de las letras. De la silueta magnífica que don Enrique Molina ha trazado de la vida y obra de Venegas, se deduce que la personalidad suya era completa: gran profesor, culto e innovador, estimulador de vocaciones, de agradable trato, de espíritu social, amante de la naturaleza y de las excursiones, activo, abnegado, infatigable y de buen humor. En cuanto a su posición política, dice: «Venegas, aunque de ideología avanzada, no militó en ningún partido político e hizo siempre del magisterio una función con finalidades específicamente propias y libre de la influencia de logias, sectas y banderías. Pero sentía vivo interés por los problemas de la vida pública que, particularmente en su raíz económica, miraba con honda inquietud. Frutos de esta patriótica preocupación fueron los libros «*Cartas a don Pedro Montt*» y «*Sinceridad*» y no de otra cosa, porque los dictó la más profunda honradez». Para escribir esas obras Venegas recorrió todo el país y realizó verdaderos viajes de esfuerzo, en vacaciones, por su propia cuenta, a costa del magro sueldo que percibía, viajando en tercera y en la cubierta de los vapores; se disfrazaba y viajaba de incógnito tanto para ocultar su alto cargo educacional como para poder penetrar en todos los ambientes y conocer directamente la vida de los trabajadores chilenos. Con mucha razón afirma don Enrique Molina que «no ha habido a lo largo de nuestra historia ningún personaje del escalafón administrativo que haya dado muestras de abnegación semejante por devoción al país. Y creo que fuera del escalafón tampoco».

El mismo señor Molina cuenta que muchas familias distin-

guidas que leyeron «Sinceridad» le expresaron que «decía la Biblia y podría decir mucho más». Sin embargo, fué atacado y hostilizado, motivo por el cual jubiló a mediados de 1915 con \$ 300 mensuales. Para vivir estableció una lechería en la calle Gálvez, en Santiago, y un almacén en Maipú, donde sus pobladores, reconocidos de su bondad y de su saber, lo eligieron Alcalde, preocupándose, entonces, del adelanto de la Comuna, en especial del mantenimiento de las escuelas y del cumplimiento de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria.

El primer escrito de Alejandro Venegas fué su bello relato «La Procesión de Corpus», de carácter religioso-social, que ya contiene toda su profunda ética. A través de la crítica severa a la Iglesia y a sus miembros, alejados de las verdaderas enseñanzas de Jesús, expone su fe en una sociedad nueva, justa, humana y digna, en la que hayan desaparecido la ignorancia, el fanatismo, las rivalidades y los odios que dividen a las naciones y las razas, a las familias y clases sociales. Dicha sociedad debe estar basada en el amor y el altruísmo, en la que el trabajo no sea una maldición, en que no haya ni siervos ni señores, ni magnates que viven en la ociosidad y en la opulencia; y desgraciados hambrientos que trabajan como bestias de carga; en la que la mujer esté libre de prejuicios y desarrolle todas sus facultades; en la que el sentimiento patriótico haya sido reemplazado por el sentimiento humanitario; en la que no haya ni fronteras ni guerras. En una invocación de este delicado escrito pide algo que luego será la norma de su vida: el valor necesario para decir siempre la verdad, para hacer lo bueno, para defender al oprimido y para impugnar a los opresores.

Pero el libro más recio de Venegas es «SINCERIDAD. CHILE ÍNTIMO EN 1910», crudo y valeroso y escrito, según el mismo autor, como «una manifestación de la sinceridad de un hombre de estudio, a quien su oficio lo ha mantenido en constantes relaciones con el pueblo, por lo cual no se han apagado en su corazón

las simpatías hacia esa colectividad que constituye la sangre y el músculo de nuestra patria».

Los escritos de Alejandro Venegas constituyen el mejor documento para comprender por qué nuestro país ha experimentado tan grandes males en los últimos años. De ahí que el juicio que de ellos hace don Enrique Molina sea exacto: «Las «Cartas a don Pedro Montt» y «Sinceridad» tendrán en la literatura chilena el lugar destacado que les corresponde tanto por su lenguaje ágil y castizo como por el aliento que las anima. Venegas no escribió para medrar ni para alcanzar el poder. La pureza y el valor de su actitud para decir lo que estima la verdad, toda la verdad, son únicos. Convivió con el pueblo y compartió sus miserias, no para pedirle su voto y encumbrarse sobre sus espaldas, sino para servirlo incógnitamente, generosamente, como una invisible sombra del Evangelio. Preparando el espíritu público como lo hizo, ha sido Venegas un precursor de las reformas sociales llevadas a cabo en Chile desde 1920 adelante».

* * *

Las críticas de Venegas a la sociedad chilena las inicia en su obrita «*Cartas al Excelentísimo señor Pedro Montt*», en las que trata sobre la crisis moral de Chile en sus relaciones con el problema económico de la conversión metálica, aparecida en Valparaíso en 1909; pero su libro fundamental es «SINCERIDAD», publicado en Santiago en 1910. Alejandro Venegas redactó esta obra con motivo de cumplirse un centenario de vida republicana y en ella lleva a cabo un detenido análisis de nuestro desarrollo histórico desde el último cuarto del siglo XIX hasta el año señalado, verificando con hondura y objetividad los diversos problemas que el país enfrentaba en ese entonces y que aún se arrastran sin poder lograrse su solución. Venegas no se limitó sólo a la crítica; por el contrario, expuso una serie de notables ideas constructivas para poner remedio a los males que constatará y

permitir que el país recobrar su grandeza pasada. «SINCERIDAD» está escrito en forma de cartas, enfocando en cada una de ellas un asunto bien determinado. Son veintiséis cartas dirigidas a don Ramón Barros Luco, Las escribió llevado por su ardiente patriotismo, que no se resignaba a mantenerse callado mientras veía que el país se hundía en medio de la quietista actitud de sus ciudadanos. Y las dirigió a Barros Luco, por cuanto este mandatario parecía haber sido elegido exclusivamente porque no significaba ninguna voluntad de cambio e intento para eliminar los daños que la nación sufría. Venegas define el propósito de la elección presidencial de 1910 de la siguiente manera: «Los políticos especuladores y corrompidos vencieron; pero, naturalmente, no deseaban tener que luchar otra vez, y por eso pensaron llevar a la Moneda a un hombre que no fuera amenaza para nadie (ni aún para los más rapaces) y volvieron los ojos hacia el presidente Riesco, que los había dejado ampliamente satisfechos en su pasada administración, pero éste no podía ser reelegido ahora por prohibirlo un precepto constitucional. Pensaron, entonces, en vos, señor, confiando quizás en que los ochenta inviernos que gravitan sobre vuestras espaldas os impedirán fiscalizar y proceder con energía. Así deben de creerlo a juzgar por el júbilo con que ha sido recibida vuestra designación para candidato a la presidencia de la república por los traficantes políticos, los gestores administrativos y la parte más inescrupulosa y venal de la prensa».

Venegas no cree en la mentida prosperidad de que alardean los sectores privilegiados del país, y aprovechando el momento en que se designaba al nuevo candidato a la Presidencia de la República, le escribe a éste las cartas en las cuales presenta un panorama completo de la realidad chilena en sus variados aspectos y le sugiere a la vez la serie de remedios decisivos para sacar al pueblo de la postración en que se encontraba. Presenta un cuadro veraz y doloroso de la decadencia moral espantosa de la sociedad chilena, cuyas causas esenciales estudia detenidamente

y que, para él, se sintetizan y resumen en una más fundamental y determinante: el mantenimiento injustificado del régimen de papel moneda de curso forzoso gracias al influjo de banqueros y grandes agricultores, quienes por beneficiarse particularmente olvidaron los intereses supremos de la patria. Se remonta al estudio del régimen papel-moneda desde que se estableciera en 1878; enfoca la revolución de 1891 como un fenómeno de origen económico, causado por la acción nacionalista y patriota de Balmaceda, ya que su política económica hería los intereses del sector social que lucraba con ese régimen financiero y que poseía mayoría en el Congreso. Destaca con relieves hondos la figura magnífica y digna de Balmaceda, inmolado por ser leal a su criterio de gobernante chileno, defensor del patrimonio nacional y de los intereses de la colectividad. Escribe Alejandro Venegas: «La crisis moral que hoy nos sacude tuvo origen en un hecho económico, el papel moneda inconvertible, establecido en 1878 por las penurias del erario nacional y mantenido después por las necesidades derivadas de la guerra Perú-boliviana. El billete depreciado favoreció al agricultor rico, al hacendado, al magnate; y como éste dominaba en el gobierno, particularmente en el Congreso, cuando las necesidades cesaron y el fisco pudo retirar sus billetes, el régimen papel-moneda subsistió con doloroso perjuicio para el resto del país. A su sombra se fueron creando nuevos intereses, cada vez mayores, de tal modo que cuando el Presidente Balmaceda pensó en hacer la conversión, los aristócratas no se resignaron a perder su situación privilegiada y, arrojando la máscara, se levantaron en armas y lo derribaron».

Alejandro Venegas investiga minuciosamente los daños causados al país por el régimen de papel moneda de curso forzoso, en los planos económico, social, político, administrativo y educacional. Analiza la agricultura, atrasada, rutinaria, anti-científica, a pesar de la excesiva protección que le dispensaban los diferentes gobiernos en diversas formas: construyéndoles ferrocarriles, caminos, obras de regadío; dictando leyes protectoras

que gravan con impuestos subidos las entradas de productos extranjeros competidores y, sobre todo, al ganado argentino; permitiendo que los predios rústicos no paguen un centavo de contribución al fisco; manteniendo el papel-moneda, por lo tanto, un cambio bajo. Es por ello que afirma que ninguna industria en Chile ha recibido una protección tan exagerada y que no ha fructificado por la ignorancia de los grandes hacendados, por su reprobación a los métodos modernos (uso de maquinaria, de abonos, de semillas seleccionadas), de donde resulta que cultivan siempre porciones ínfimas de sus enormes haciendas. Pero el daño más grave que el sistema agrícola imperante causa al país es «la retención de inmensas extensiones de terrenos en poquísimas manos, que ni quieren ni pueden cultivarlos bien, a pesar de que «hace muchos años que está condenado como funestísimo para el progreso de los países agrícolas, el sistema de los latifundios, es decir de las grandes haciendas». Es que dominando los terratenientes sólo han legislado y legislan para su exclusivo provecho.

En cuanto a la minería, solamente se ha desarrollado la explotación del salitre, dejándose inaprovechadas las inmensas existencias de otros minerales que podrían ser base de grandes industrias. En cambio, la industria naciente está constituida, en su mayor parte, por ramas instaladas artificialmente, de tal suerte que más bien eran una carga que un progreso. Afirma que «tal vez no hay dos países que guarden en las entrañas de su suelo tantas y tan variadas riquezas como Chile; desde el oro hasta el cobalto y el aluminio, y desde el mármol hasta la hulla y el petróleo se encuentran en nuestro país privilegiado. Pero para explotar científicamente estas inmensas riquezas se necesita, además del capital nacional, el aporte del capital extranjero, acomodado éste a las necesidades reales del país y al control de su legislación. Su pensamiento está certeramente contenido en el párrafo siguiente: «Propio sólo de un orate sería sostener que el capital chileno puede bastar para la explotación de la dé-

cima parte siquiera de las riquezas naturales del país. Es indispensable entonces que vengan capitales de fuera, de países más ricos que el nuestro, donde está sobrante, o empleado en industrias de muy escaso rendimiento». La falta de capitales ha impedido la explotación intensa y adecuada de la minería y el desarrollo de las industrias fabriles, permitiendo, en cambio, «el florecimiento de una veintena de industrias ficticias que son un nuevo azote para el pueblo, pues cada una de ellas significa una contribución indirecta que pagan los consumidores para que se sostengan las industrias y se enriquezcan los que las explotan».

La atrasada agricultura, fundamentada en el injusto sistema del latifundio; la existencia de una industria pequeña y artificial; y la explotación en vasta escala solamente del salitre han permitido la tremenda contradicción que vive Chile, pues mientras tiene un «fisco opulento, uno de los más ricos del mundo», posee «un pueblo en su inmensa mayoría miserable, agobiado por la explotación inicua de una clase privilegiada, que tiene en sus manos la dirección de los negocios públicos y la casi totalidad de la riqueza privada»...

La realidad anterior crea una situación de pobreza, de parasitismo, de injusticia tremenda, y a ella se suma otra grave consecuencia de la depreciación monetaria que aumenta el empobrecimiento del país, y que se manifiesta, principalmente, «en la carestía de todos los artículos de primera necesidad, carestía de que son víctimas sobre todo los empleados públicos», como ser funcionarios judiciales, educacionistas, fuerzas armadas, obreros

Estos hechos son los que determinaban en lo económico un empobrecimiento general del pueblo y de la nación.

En el plano político analiza detenidamente los programas y las actuaciones de los partidos políticos, todos ellos en decadencia, y algunos corrompidos de la misma manera que el sistema electoral vigente. Encuentra el Poder Judicial influido por la politiquería y soportando algunas de las peores lacras, como la de los tinterillos y la de los empleados rapaces. En seguida

enfoca la enseñanza en todas sus ramas: primaria, secundaria, especial, universitaria y privada, haciendo ver su insuficiencia, de tal modo que existía un pavoroso analfabetismo, un atraso general en la orientación y métodos; escasa preparación, en el profesorado; incapacidad en sus funcionarios; carencia de una orientación adecuada a las necesidades del país en la enseñanza secundaria; miserable remuneración económica al magisterio; rol inútil de la enseñanza especial y, por ende, de resultados escasos; enseñanza privada sin orientación ni espíritu científico o fomentadora de la división de clases sociales. Este lamentable panorama educacional tiene su explicación en la falta de una política educacional definida y enérgica, tendiente a mejorar y transformar el país. Para Venegas «el atraso vergonzoso de la instrucción de nuestro pueblo tiene su causa en el espíritu conservador-clerical y las tendencias profundamente oligárquicas que han predominado hasta el presente, y sobre todo después de la guerra del 79, en el Gobierno y en la clase directora».

Alejandro Venegas estudia detenidamente las necesidades de las poblaciones, carentes de servicios públicos, de tal manera que no poseían agua potable, tampoco edificios escolares, y las habitaciones por lo general eran pocilgas insalubres. Señala con una exactitud impresionante las terribles condiciones de vida de las masas laboriosas: en el sur, los abusos innumerables de la colonización, que afectaba a millares de intrépidos y esforzados pioneros; en el norte, la pampa desolada era explotada por magnates y capitalistas sin corazón. Es por eso que el pueblo trabajador vive pobre, ignorante, plagado de vicios, descuidado por el Gobierno que no toma ninguna medida efectiva para mejorarlo y redimirlo. En un párrafo dice: «la impresión más viva que recibe el viajero observador al estudiar nuestra organización social, es la que le produce el contraste entre la gente adinerada y la clase trabajadora: porque en Chile hay sólo dos clases sociales, ricos y pobres, esto es explotadores y explotados; no existe la

clase media: los que no somos ricos ni menesterosos y aparentemente formamos el estado llano, somos gente de tránsito, salida del campo de los explotados y en camino para el de los opulentos». Es esta trágica realidad la que explica el estallido de los primeros movimientos obreros, tan duramente reprimidos por los gobiernos de la época. Así las condiciones de vida y trabajo en la región norte es pavorosa y los riesgos de las faenas terribles: «Aquellos desgraciados no tienen idea de lo que vale en nuestro país la voz del pueblo, y creyéndose tal vez en una república democrática de verdad, por tres veces han pedido seguridades para su vida, respeto al fruto de su ímprobo trabajo y educación para sus hijos, y por tres veces se les ha respondido fusilándoseles del modo más salvaje: las matanzas de Taltal, Antofagasta e Iquique han demostrado a los 60,000 obreros que producen la principal riqueza del país, que no deben esperar nada del gobierno, porque está formado de explotadores del pueblo, que hacen causa común con sus duros señores, los dueños del salitre».

Mientras la clase obrera siga sumida en tal cruel miseria y sin defensa ante los riesgos y accidentes del trabajo, abandonada de la preocupación del gobierno, tendrán que producirse tales movimientos. Traza algunas páginas notables de penetración acerca de cómo se gesta y surge la conciencia de clase y, luego, la lucha de clases, a propósito de la huelga de estibadores en Valparaíso y de la asonada de octubre de 1906 en Santiago. Expresa que la clase dominante tiembla ante estos movimientos de las clases trabajadoras a los que califica como anarquismo destructor; pero olvidan señalar que «el anarquismo es el fruto del hambre, del frío, de la miseria, de la ignorancia y de la abyección que ya tiene desesperados a los más, a causa de la codicia, la rapiña y la inhumanidad de los menos».

No obstante existe una institución que ha querido obtener provecho de la angustiosa situación que vive la clase popular, un

provecho proselitista, con sus palabras y prédicas que les ofrece un consuelo y felicidad en la otra vida. Alejandro Venegas se subleva contra esta hipocresía y la denuncia : «La Iglesia Católica, que en los últimos tiempos ha tomado el partido de atraerse a los obreros aparentando interesarse por ellos en la resolución de los problemas sociales, disimula muy poco sus verdaderos propósitos para que vayamos a creer en su decantado amor al pueblo: diecinueve siglos lo tuvo bajo su égida y no hizo otra cosa que explotarlo, predicándole resignación y sólo ahora, cuando se le escapa de las manos, viene a preocuparse de remediar sus desgracias. Pero «moro viejo no puede ser buen cristiano» y la Iglesia, al mismo tiempo que manifiesta interés por la suerte del pueblo, se aprovecha mañosamente de sus calamidades para llenar su estómago insaciable. Cuando los trabajadores de Tarapacá exasperados por los abusos de los salitreros, dejaron las oficinas y bajaron a Iquique a pedir respeto para su trabajo y educación para sus hijos, audaz atentado que fué reprimido con el fusilamiento de dos mil de ellos en la Escuela Santa María, ¿sabéis, señor, a qué atribuyó la causa de tan nefanda desgracia el Vicario Eclesiástico de Tarapacá? A falta de fe religiosa entre los trabajadores de la Pampa, y naturalmente propuso como único remedio que el estado dedicase algunos miles anualmente a aumentar el pago de los misioneros que llevasen a aquellos corazones empedernidos el benéfico consuelo de la Religión».

La alusión que aquí hace Alejandro Venegas a la matanza de la Escuela Santa María la completa, luego, con la descripción horrible del cuadro que presentaba, posteriormente, dicho establecimiento con sus alumnos hacinados en salas estrechas, con sus muros rotos por los impactos de las ametralladoras, y donde los mismo alumnos debieron remover las costras de sangre que se formaron, destruyendo los jardines, secando las plantas y endureciendo la tierra.

* * *

Alejandro Venegas no solamente se dedicó a criticar. También formuló un extenso programa constructivo, exponiendo en él la serie de medidas que, a su juicio, deberían realizarse con el objeto de modificar el panorama desolador del país, y así crear una situación de progreso efectivo, de bienestar, de cultura y de riqueza. Antes de formular sus proposiciones programáticas advierte claramente que es llegado el tiempo «de que los estadistas se convenzan de que su obligación no es hacer poderoso al país, como tampoco lo es el hacerlo agrícola, o minero, o comercial, o fabril, porque todas estas cosas son medios y no fines... El ideal del gobernante debe ser conseguir la felicidad de su pueblo y ésta no se alcanza sino libertando a todos los ciudadanos de la esclavitud económica en que le tienen las leyes, que hoy rigen la sociedad, y de la esclavitud moral a que le tiene condenado la ignorancia».

En primer término, considera la necesidad de definir el régimen de gobierno, o presidencial como lo dispone la Constitución o parlamentario debidamente asentado, ya que no es posible persistir en una forma de gobierno híbrida y viciosa; luego, es necesario asegurar la participación de todos los ciudadanos conscientes en la elección de las autoridades y de esa manera influir realmente en el gobierno; en seguida, realizar una amplia reforma electoral para ampliar y valorizar el derecho de sufragio, puesto que «si se considera más democrático el sufragio universal, hágase extensivo este derecho a todos los ciudadanos, incluyendo a las mujeres». Alejandro Venegas estima de gran importancia purificar nuestra democracia eliminando las pervertidas costumbres electorales y el poder corruptor del dinero en las elecciones, estableciendo las inscripciones permanentes, alejando las Municipalidades de la politiquería, considerando a los congresales representantes de la nación y no de un determinado lugar.

En lo económico afirma la necesidad ineludible de realizar la conversión estableciendo una manera honrada de robustecer las actuales fuentes de entradas y crear otras nuevas. y para conseguirlo «necesitamos del capital extranjero abundante y barato, para explotar nuestras minas, construir nuestros puertos, tender ferrocarriles, construir canales de regadío y dar vida a centenares de industrias verdaderamente productivas». El desarrollo industrial del país, la habilitación de las obras públicas que requiere un desarrollo vasto (puertos abrigados y seguros, caminos permanentes, mejoramiento y extensión de los ferrocarriles) más la revisión de los aranceles aduaneros y la revisión de los impuestos a los artículos de primera necesidad, significarían un extraordinario bienestar para el país.

La agricultura debe ser desarrollada científicamente; debe terminarse con su anticuado sistema de cultivo y con la injusta estructura latifundista que es la que ahoga su desenvolvimiento a la vez que causa la explotación de grandes sectores de la colectividad. De la agricultura depende que nuestro pueblo tenga o no qué comer y, además, el salitre tendrá fatalmente que agotarse al mismo tiempo que los progresos de la química sintética encontrarán procedimientos fáciles y baratos para fabricarlo artificialmente, lo que se traducirá en la disminución de los recursos fiscales por ese capítulo.

Una agricultura floreciente tiene que estar fundada sólidamente en los principios de la ciencia y aprovechando las mil circunstancias felices que la naturaleza nos ofrece preparando científicamente un personal numeroso para dirigir las faenas agrícolas y, sobre todo, eliminando la excesiva extensión de la propiedad rural, porque «la experiencia nos ha demostrado de una manera bien amarga los graves inconvenientes de nuestros malos procedimientos agrícolas y, principalmente, los del sistema de latifundios y de los cultivos por medios anticientíficos». Para ello se pueden emplear tres medios: primero, expropiando los grandes fundos cercanos a los centros de población, para dividirlos en fincas

y entregarlos a los alumnos titulados en las escuelas agrícolas; segundo, estableciendo impuestos rurales que graven principalmente las grandes propiedades y, en especial, los terrenos baldíos; y, tercero, dictando leyes que fijan la extensión máxima de los predios rústicos, según la región en que se encuentren.

Dedica gran atención al desenvolvimiento de las industrias fabriles, subrayando la necesidad de incrementar el consumo asegurándole así un mercado conveniente, y junto a ello indica la urgencia de eliminar las industrias artificiales que sólo viven a la sombra de los impuestos aduaneros prohibitivos y a costa de los consumidores. Entre las nuevas industrias a desarrollar señala la de la pesca, de tal modo que sus productos sean el alimento cotidiano de nuestro pueblo. Con el objeto de mejorar la industria cree que es de suma utilidad una inmigración bien elegida, porque ella es un auxiliar poderoso en el incremento de nuestra industria y agricultura. El desarrollo industrial debe ser complementario al incremento de la minería y exige también la reforma y reorganización de la enseñanza en sus diversas ramas, dándole preferencia a la de carácter agrícola, industrial y minera. En cambio, estima Alejandro Venegas que el comercio, al que se ha dado tanta importancia en nuestro país en los últimos años «es una industria de segundo orden; moral y económicamente considerada es industria de intermediarios, de hombres improductivos siempre, zánganos muchas veces. En ella más que otra tiene cabida la mala fe; en todos los tiempos los pueblos más comerciantes han sido los más péfidos, y en nuestra patria toma tanto vuelo esta industria, sin duda por nuestra natural inclinación a la mentira y al robo, heredado de los mapuches».

El desarrollo vigoroso de un país obliga a eliminar la burocracia, cuyos males innumerables analiza certeramente, y que, por desgracia, en nuestro país se hace cada día más frondosa, costosa e inútil. Propicia su revisión con el objeto de eliminar a los empleados malos y parásitos y así darle un rol creador, mantenida en la proporción de las exigencias efectivas del país,

lo que permitiría, por otra parte, rentarla adecuadamente, puesto que la función que entonces cumpliría sería indispensable.

Propugna acertadas medidas para la instalación de servicios públicos en los diversos lugares habitados del país, agua potable, alcantarillado, pavimentación, edificios públicos, jardines y lugares de esparcimiento; construcciones hospitalarias y, especialmente, habitaciones modelos para los obreros.

Alejandro Venegas se detiene con minuciosa atención en el estudio de la cuestión social chilena, para señalar sus causas, repercusiones y la manera de remediarla. Con exactitud expresa que las cuestiones sociales son, en primer lugar económicas, y, luego, morales; «dad antes que todo al pueblo los medios de subsistencia, haciendo que él mismo los arranque del seno de la tierra o los produzca, transformando la materia prima con el esfuerzo vigoroso de su brazo, y derrama en seguida la semilla humanitaria en los corazones por medio de la escuela educadora y habréis resuelto todos los problemas sociales». Este planteamiento sencillo es de difícil realización porque encuentra dos obstáculos serios: «los dos principales explotadores del pueblo, la Iglesia y los magnates... Si deseamos de buena fe hacer reformas en bien del pueblo, la primera que debemos emprender es la emancipación del poder civil de la autoridad religiosa de Roma, esto es, la separación de la Iglesia del Estado». En cuanto a la defensa del proletario contra el magnate es urgente emprender reformas que lo favorezcan: «una legislación obrera que limite las horas de trabajo de operarios y jornaleros; que impida la inicua explotación que hoy se hace del trabajo femenino; que reglamente el trabajo de los niños; que establezca la responsabilidad de los patrones en los accidentes del trabajo; que obligue a los hacendados y dueños de fábricas y de salitreras a prestar asistencia a sus obreros enfermos y a velar por la educación de sus hijos; que establezca el ahorro forzoso del trabajador para que acumule un fondo para el caso que quede sin trabajo, y otro para cuando se inutilice por enfermedad o vejez.; que declare abolidas las ga-

belas de fichas, pulperías y quincenas de las salitreras y minas de carbón, proclamando el comercio libre; que reglamente las construcciones de habitaciones para obreros y casas de arriendo que libren al pueblo de las horcas de los agencieros; y finalmente, que prohiban las famosas ventas al semanal, que explotan al obrero y despiertan la afición a los juegos del azar: he ahí vuestro programa».

Una legislación social tendiente a mejorar las condiciones de vida y de trabajo de las masas asalariadas tiene que ir aparejada con medidas drásticas para extirpar los vicios que corroen a la nación, como el alcoholismo, juegos de azar, la prostitución y su consecuencia, las enfermedades venéreas que mina la salud de la raza. Evitar lo que hasta ahora ha sucedido en el país en que «se han dictado leyes de telarañas que arrastran semanalmente algunas decenas de rotos a las comisarías, y dejan impunes a los caballeros que se emborrachan en los clubes y cafés y a los magnates que fomentan el alcoholismo en el despacho de la hacienda o en la pulpería de la oficina salitrera».

Este es, en líneas generales, el programa constructivo de Alejandro Venegas, cuya realización sólo podría llevarla a cabo un conjunto de hombres sinceros y honrados, verdaderamente patriotas, ajenos a los egoísmos inhumanos de la oligarquía dominante y ajenos, también, a las ambiciones y deseos arribistas de los advenedizos, («las basuras que el torbellino ha encumbrado del muladar») porque son tan déspotas como los envanecidos y soberbios plutócratas.

* * *

En su libro «POR PROPIAS Y EXTRAÑAS TIERRAS» se recogen algunas de las conferencias que dictara en el Liceo de Talca, acerca de sus viajes por los países del Pacífico. Estas conferencias tienen gran valor, porque siempre en ellas se evidencia el observador sagaz que no se reduce a enfocar y describir lo externo

del paisaje o de la sociedad, sino que ahonda en la situación económica, en las relaciones sociales, en la psicología de cada pueblo. Además, nos exhiben claramente el profundo sentimiento chileno de Alejandro Venegas. A menudo encontramos bellas y sentidas añoranzas de su tierra y de su pueblo. En Arequipa se conmueve y escribe: «A las oraciones se oye un verdadero concierto de campanas, que para mí tenían un encanto especial, el de las cosas que traen el recuerdo de la patria, que bañan de nostalgia el corazón: esas campanas, me hacían acordarme de esta ciudad en que ahora me encuentro».

Observando aspectos de la historia del Perú analiza el sacrificio del Presidente Billinghurst, que al igual que Balmaceda en el nuestro, se distinguió por su patriotismo creador. Expresa estas acertadas reflexiones: «¡triste situación del pueblo de las naciones hispanoamericanas, esclavo y ciego, incapaz de comprender a los que le aman y mucho más incapaz de castigar a los que le explotan! El Perú como Chile y como todos los estados de la América Latina es una república democrática en el nombre, pero en el hecho es una oligarquía: gobiernan unos pocos para su único y exclusivo provecho. Este país legendariamente rico, causa una impresión hondamente triste por su pobreza económica y por la ignorancia y el atraso en que se encuentran sus clases inferiores. El pueblo ha comprendido su situación miserable: en un principio creía, como nosotros, en la política y esperaba en cada elección que el triunfo del partido tal o del partido cual había de traerle el remedio de sus males; pero la experiencia le ha hecho ver que en las diversas agrupaciones políticas predominan variedades de unos mismos explotadores, y el pueblo está hoy dominado por el más negro pesimismo; el gobierno en su opinión es la cifra de la inepticia, del egoísmo y de la falta de honradez». Destaca cómo la clase dirigente peruana, para engañar al pueblo, toca las fibras patrióticas y lo azuza contra el Ecuador, Colombia y Chile, «pero las nueve décimas partes de los peruanos viven en la miseria o se ven obligados a emigrar».

De aquel viaje Alejandro Venegas trajo la convicción de que el Perú era un país que debía ser estudiado detenidamente por los chilenos patriotas, porque esa nación ha sufrido las mismas enfermedades y males que aquejan al nuestro, padeciendo sus mismas consecuencias: «El que quiera saber adónde pueden llevarnos los gobiernos desorganizados en que sólo pesan los influjos, los congresos que sólo legislan para el propio beneficio de sus miembros o de sus allegados, los partidos que no tienen principios ni ideales, sino caudillos, los ejércitos que olvidan que han sido creados para servir a la nación y han llegado a creer que la nación ha sido formada para ellos, los hombres, por fin, que posponen los intereses de la Patria a sus propios intereses, el que quiera saber adónde lleva este conjunto de plagas que hoy nos azotan, estudie a aquel desgraciado país, y estoy seguro que luego correrá a ocupar un lugar entre los que luchan por la regeneración política y social de nuestra Patria».

El análisis que lleva a efecto sobre la realidad de Bolivia llega a resultados idénticos. Sus expresiones doloridas acerca de la triste condición de las multitudes bolivianas lo hacen reflexionar en las de su tierra natal, lo que le emociona y hiere su honda sensibilidad social: «El hogar, la amistad, la Patria me hablaban desde acá con voces de una ternura desconocida para mí: todo me emocionaba. Un sentimiento de conmiseración se apoderó de mí luego que me dí cuenta del atraso, de la pobreza, de la desgracia del pueblo boliviano». Por ello fustiga duramente a quienes llevaron a ese pueblo miserable e ignorante a la guerra: «cuánta indignación sentí contra los hombres que aspiran al Gobierno de los pueblos sólo para explotarlos en su propio provecho... pero ese pueblo, como el de otras naciones sudamericanas, tiene la felicidad de no darse cuenta de su propia desgracia y vive indiferente en su miseria y su abyección, dejándose esquilmar dichosos de poder comer lo necesario, para no perecer, y de asistir de cuando en cuando a las festividades populares que por motivos religiosos y patrióticos se celebran frecuentemente».

Así es como Alejandro Venegas analizaba con franqueza y objetividad el estado social de los pueblos que visitaba. Sabía calar hondo en su estructura y estaba siempre pronto a señalar los vicios y las injusticias, y a exaltar las virtudes que encontraba; igualmente, le interesaba sobre manera establecer comparaciones con su país. Al describir las obras de salubridad de la ciudad de Panamá observa que ellas han permitido «un aseo completo de la ciudad, a tal punto que en ninguna parte se ve el espectáculo repelente que ofrecen los conventillos y las viviendas de la gente pobre aun en calles centrales de nuestras principales poblaciones».

También manifiesta su opinión franca con respecto a problemas internacionales. Se detiene, por ejemplo, a analizar la manera cómo se creó la República de Panamá por el localismo y separatismo criollos y el maquiavelismo imperialista de los Estados Unidos. Escribe: «la causa ha estado en ese sentimiento que se desarrolla en las sociedades provincianas infatuadas, que los lleva a mirar con ojeriza a la metrópoli por creerse postergadas o no consideradas lo bastante; ha estado en el vano orgullo de los que no se resignan a ocupar un puesto secundario en una gran colectividad y prefieren, olvidando los verdaderos intereses de la patria, producir la escisión para subir a los primeros puestos, aunque sea en un grupo insignificante». Esta causa, unida a las maniobras de los Estados Unidos, hizo triunfar los sueños ambiciosos de los separatistas. Esta misma razón es la que nos explica la acción de los oligarcas criollos tendiente a entregar sus países al imperialismo y a impedir la unidad económica y política de Latino-América. Venegas considera que la nueva nación es «hija de un abuso brutal de la fuerza y de la relajación del sentido moral de un grupo de hombres que no han vacilado para mutilar a su patria y vender por unos cuantos millones la soberanía del suelo que los vio nacer... Los norteamericanos creen haber merecido la disculpa de su innoble proceder con la realización de la obra gigantesca que están próximos a terminar.

Pero se engañan: el canal será simultáneamente un monumento grandioso que proclamará ante el mundo el vigor económico de la República del Norte, y un triste padrón que recordará a las gentes el desprecio que esa nación tuvo por el derecho ajeno y el insulto que infirió a la Humanidad en pleno siglo XX».

El libro mencionado contiene también un relato titulado «Sobre Cubierta», el que traduce patéticamente el hondo patriotismo de Alejandro Venegas. En él describe una conversación de varias personas que coinciden en estimar a los chilenos como a los más hábiles ladrones; pero alaban, igualmente, sin reservas a sus profesionales: médicos, ingenieros, profesores, militares. Entre los casos de grandes profesionales que citaban con admiración se referían especialmente al del Dr. Valenzuela Basterrica. Entonces escribe emocionadamente Venegas: «Era él quien había arrancado palabras encomiásticas para nuestra patria a aquella gente burda tan acostumbrada a menospreciarla y envilecerla... El no reparó tal vez en mi presencia, pero si me hubiera mirado habría visto unos ojos húmedos que le miraban con inmensa ternura enviándole el agradecimiento de un corazón que sueña con una patria grande y feliz, respetada y querida. Nada le dije y me quedé absorto un largo tiempo en que mi espíritu anhelante tendió la vista hacia el suelo natal, hacia la juventud estudiosa, la juventud con ideales, la que busca en la educación científica su perfeccionamiento, la que mañana nos dará profesionales que arranquen el sambenito que han echado sobre el pecho de nuestro país la ignorancia y la falta de cultura moral de nuestros propios conciudadanos».

Los escritos de Alejandro Venegas Valdés son de un mérito extraordinario y en especial «SINCERIDAD» constituye una obra de aliento épico en la crítica despiadada y exacta de la realidad económico-social de Chile, de los tremendos males que había generado y que nos conducían a la ruina. Asimismo, su programa es magnífico y muchas de sus medidas esenciales de haberse realizado en sus oportunidad habrían conducido a nuestra pa-

tria por caminos de progreso y grandeza. Posee una visión completa y sistemática del pasado, del presente de Chile e igualmente, traza líneas para el futuro que deben ser tomadas muy en cuenta por quienes en la actualidad luchan por producir los cambios que la evolución mundial y nacional reclaman imperiosamente.

Las críticas, ideas y programa de Alejandro Venegas Valdés lo acreditan como el más genuino precursor del movimiento obrero democrático de nuestro país y es muy curioso hacer constar que coinciden justamente con las críticas, ideas y programas del socialismo chileno que actúa como el instrumento ejecutor de las reivindicaciones de las grandes masas laboriosas nacionales. Alejandro Venegas Valdés ocupa desde luego un alto sitio de honor entre los pocos y esclarecidos patriotas chilenos que con mirada realista, profética y grandiosa han sabido interpretar los grandes problemas nacionales y formular las adecuadas soluciones.

Santiago Arcos Arlegui, Francisco Bilbao, José Manuel Balmaceda, Alejandro Venegas Valdés, Luis Emilio Recabarren Serrano, Eugenio Matte Hurtado, son los escritores, ideólogos, estadistas y dirigentes que más estrechamente vinculados están a las tradiciones de la clase trabajadora nacional y que con sus ideas, obras y desvelos nos ayudan a encontrar el camino de nuestro verdadero destino.